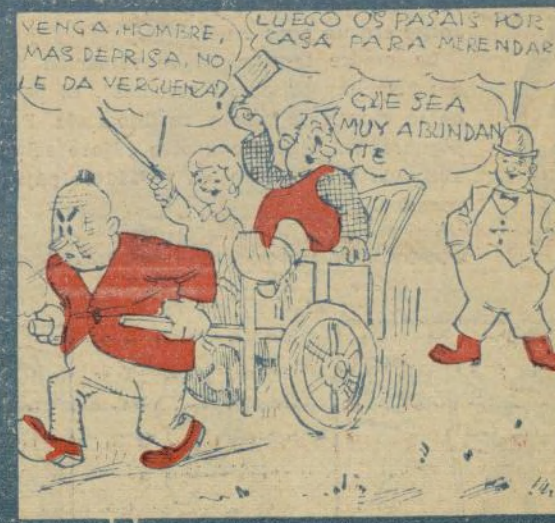
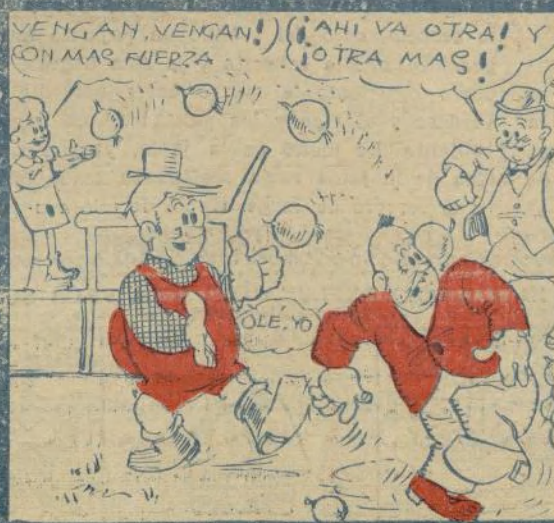
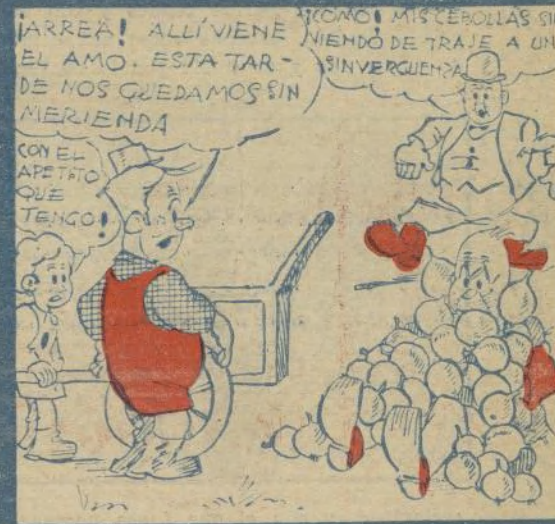
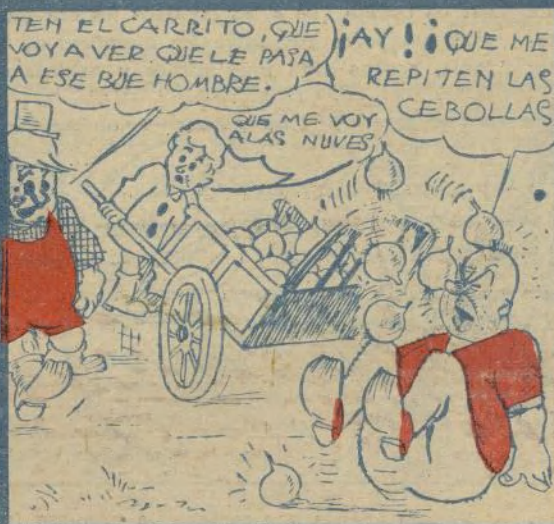


AÑO IX.—NUM. 164

REVISTA SEMANAL PARA NIÑOS (Sale los jueves)

Madrid, 16 de junio de 1932

GRACIOSÍSIMAS AVENTURAS DE MOSQUITO Y MOSCARDÓN



Narraciones Ejemplares



Animado de un ardiente deseo de exploración, el pequeño Jorge buscaba y rebuscaba en un heterogéneo montón de antigüedades que había en el destartado desván; entre sillas desvencijadas y cacharos rotos, encontró una jaula herrumbrosa, llena de polvo y telarañas. La pulió lo mejor que pudo y se la mostró a sus padres y a su hermanita Nella, ufano y orgulloso de su hallazgo.

Pero quien tiene una jaula vacía ante los ojos, piensa en seguida lo que podría meter dentro de ella. A Jorge jamás se le hubiera ocurrido el deseo de tener prisionero un animalito, pero el encuentro inesperado de la jaula vieja, despertó en él y en su hermanita el mismo pensamiento: "¿Qué meteremos aquí dentro? ¿Cómo la utilizaremos?" Lo primero que se le ocurrió a Jorge fué encerrar unos

cuantos ratones blancos, tan graciosos como los viera cierto día en casa de un vendedor. Los ratones le gustaban más que los pájaros. Lo peor era que su mamá no sentía simpatía alguna por estos bichitos, aunque fueran blancos, y estuvieran encerrados en una jaula: además oían mal, y los médicos les acusaban de ser vehículo de ciertas enfermedades. Aunque con algún pesar, renunció a los ra-



tones, y se acordó de un par de lagartos. Tenía una gran pasión por ellos; y le agradaba en extremo verles trepar veloces por los muros lisos del jardín, con sus ojillos negros y vivaces, con su acelerado palpitar de los costados, bordados de arabescos de finísimos diseños; con sus garras tenues y con aquella cola extendida. Muchas veces había intentado coger uno y no había podido conseguirlo;

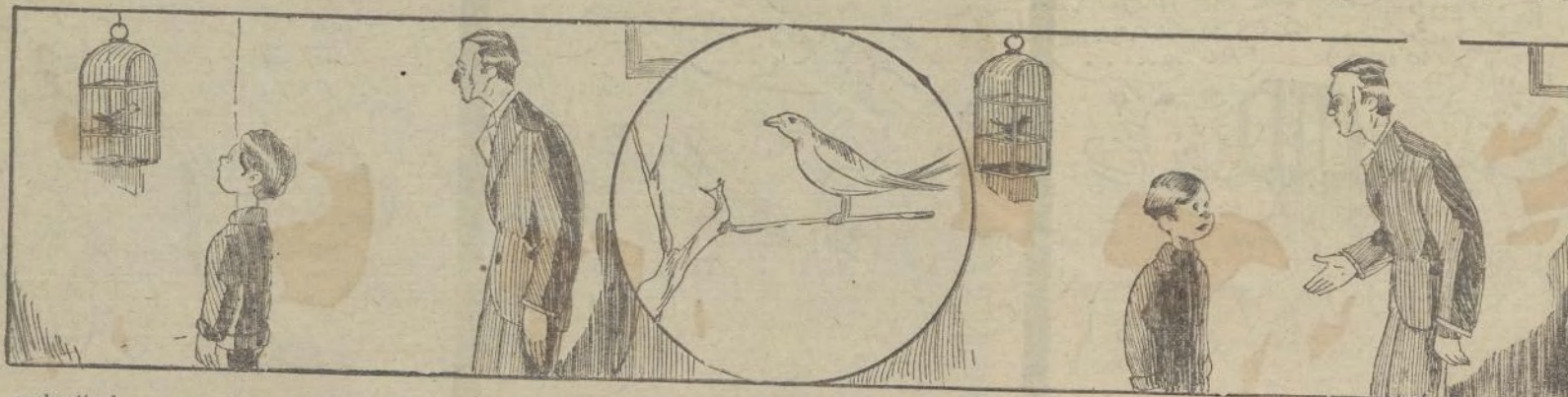
ahora volvería a probar, empleando toda su astucia.

Pero Nella muy cuerdamente advirtió que los lagartos no comían ni semillas de mijo, ni hojas de lechuga, ni pan, ¿cómo, pues, alimentaries? ¿Y si sufrían hambre? Sin tener en cuenta que a los lagartos les era muy fácil escaparse por entre los alambres de la jaula, porque eran muy sutiles y habituados

a escurrirse por las más pequeñas hendiduras.

Jorge permaneció indeciso. Y Nella, orgullosa de su idea, le propuso la adquisición de un canario, de un bello canario amarillo, que lanzara a los vientos sus trinos cantarines.

Jorge se negó a tal propuesta. Tenía aversión a los canarios. Si encerraban un pájaro, había de ser un pájaro verdadero, a quien educar, traído del bosque, no avezado a la



esclavitud, y con el que fuera necesario tener bien cerrada la prisión. Instintivamente Jorge era un poco cruel.

La madre terminó la conversación diciendo: "No hay prisa; ya veremos". El padre lo había escuchado todo y no dijo nada. Pero la jilguero, un verderón u otro pájaro selvático, avisado y vivaracho, un verdadero pájaro de cazador.

Pasada apenas una semana, la promesa fué cumplida. Una mañana, al volver Jorge de la escuela, sacó del bolsillo un pajarito muy gracioso, con la cabecita y la cola negras, el dorso ceniciento, el pecho entre amarillo y verdoso y el pico y las patitas de un negro brillante. Le metió en la jaula, ya provista idea de la jaula vacía continuaba trabajando en el cerebro de Jorge. Habló de ello con sus

compañeros de escuela; y uno de éstos, hijo de un campesino, más diestro en poner trampas que en desarrollar problemas, le prometió, para dentro de pocos días, un pinzón, un de una escudilla de mijo y un vasito de agua; y, sin experimentar gran alegría, esperó con cierta emoción a que sus padres descubrieran la novedad. El pajarito se arrinconó en el ángulo más apartado y no se movió.

(Continuará)

EL HEROICO EXPLORADOR A LA VACA SUJETO



SE BUENO, OBEDIENTE Y APLICADO, Y TODOS TE QUERRAN

(Conclusión)

Golpeó la puerta repetidas veces, pero nadie le contestó. Al cabo de muchas horas oyó una débil vocecita al otro lado de la puerta y un chirriar de cerrojo. La vocecita le mandó salir, pues era la hija del dueño de la casa, que, como tenía muy buenos sentimientos, no podía ver al joven encerrado tan injustamente. Mirko, agradecido, la prometió volver por allí si conseguía la fortuna, y partió de nuevo. En cuanto al padre que le había robado el plano, como era un hombre inculto y además el plano pertenecía a otra región, se hizo un verdadero lio, y a estas horas sabe Dios si está dando aún vueltas por el mundo. Ya tenemos a Mirko en el río que ha de conducirle al final de su aventura. Desde que salió de su pueblo han pasado muchas semanas. Está, pues, muy lejos, muy lejos de allí. El río se desliza tranquilo. Diríase que apenas se mueven sus aguas, pero las ribeiras son tan intrincadas, que Mirko decide seguirle a nado descansando de vez en cuando en las orillas. Así continúa durante algunas horas, pero viendo un bosque, se acerca a él y, como en otra ocasión hizo, construye ahora también una balsa y unos rústicos remos; de esta forma avanza más rápidamente. El llevaba algunas provisiones que le había dado su joven libertadora, pero pronto se le agotaron, y entonces, cuando tenía ganas, pescaba peces y los asaba en la orilla. Así, haciendo esta vida, pasaron muchos días. Mirko pensaba algunas veces cuál sería el fin de todo aquello. Pero como todo lo tiene, un día vislumbrió en el horizonte una gran

mancha verde-azulada, ¡aquello era el mar!

Emocionado, remó con más ahínco que nunca. Cuando llegó a la confluencia de río y mar, abandonó su balsa a las olas y miró a su alrededor; ¿dónde estaría el tesoro?... Levantó partículas de roca, pero no encontró más que cangrejos que huían. Ya empezaba a invadirle el desaliento, cuando vislumbró una enorme piedra blanca del mismo aspecto que la lápida en la que había leído las instrucciones que le habían conducido hasta allí. Con gran esfuerzo la levantó y encontró debajo una caja de hierro idéntica a la que había hallado en el arroyo. La abrió y, con sorpresa, vio un manuscrito y unas monedas de oro, tan escasas, que no harían rico a nadie. El manuscrito empezaba así:

"¡Oh, tú, mortal, que buscas fortuna, mira hacia el Norte! ¿Qué ves?... Tierras yermas y estériles por todas partes. Sin embargo, toda esa enorme llanura es la tierra más prodigiosamente fértil que pueda haber en el mundo; pese a esto, sus habitantes se mueren de hambre, pues no saben labrarla. Esa es la fortuna que te doy y que tú buscabas, y es además la verdadera fortuna amasada con el esfuerzo de tu trabajo. Para saber cómo tienes que cultivar esas enormes tierras te has de servir del adjunto manuscrito y de esas monedas para comprar las primeras semillas."

Mirko leyó todo esto más sorprendido que decepcionado, pues era trabajador y nada ambicioso. Siguió, pues, las instrucciones del manuscrito... A los pocos años aquellos campos verdeaban y florecían como una bendición de Dios, y los naturales del país vivían en la abundancia. En cuanto a Mirko, que había ido a buscar, como prometió, a su libertadora de la casita, vivía ahora feliz y contento. Todos le respetaban, admiraban y querían. Había conquistado, pues, esa invaluable fortuna que es: trabajo, bienestar y amor de todos...

FIN

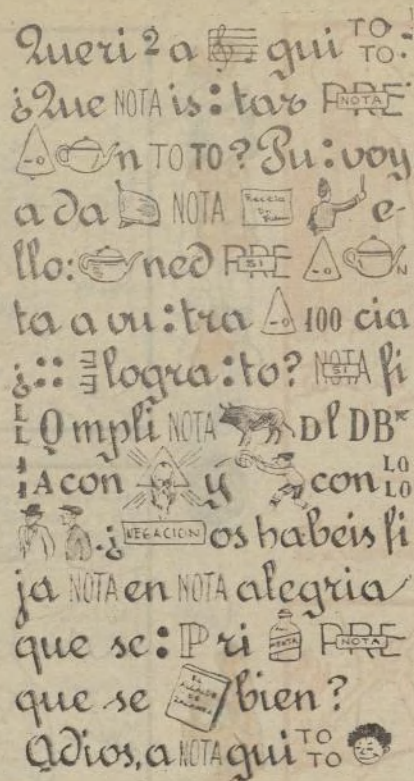
Revista ilustrada semanal
para niños

Paquete de 10 ejemplares en adelante: 7 céntimos ejemplar

SUSCRIPCION: 5 PTAS. AÑO

PAGO ANTICIPADO

Toda la correspondencia al Apartado 466.—MADRID



Solución de la carta anterior

Queridos amiguitos: No hagáis nunca atropelladamente las cosas, pues os saldrán mal. Antes de darlas comienzo debéis meditar sobre el orden y medio para realizarlas en debida forma; ello os ahorrará tiempo y os hará ganar en perfección. Tenedlo presente, vuestro amiguito,

JEROMIN

1.—Mueble

PISTOLA MIÑO

2.—Profesión

TAN T

SOLUCIONES AL NUMERO ANTERIOR

- 1.—Pirámides.
2.—Almirez.

COLMO.—¿Cuál es el colmo de un carpintero?

—Vivir en la calle de la Madera, tener una mujer cómoda y unos hijos listones.

Gregorio Guerra Diaz
(Cáceres)

Pescando con la caña
la linda Alfesibea,
saca una anguila, y huye,
creyéndola culebra.

Florinda al lado suyo,
una serpiente pesca,
y creyéndola anguila,
muere picada de ella.

A mirar bien las cosas
la fabuliña enseña,
a fin de no engañarnos
con falsas apariencias.

En tanto, entre dos yerros
o en duda grave, extrema,
más vale huir anguilas
que acariciar culebras.

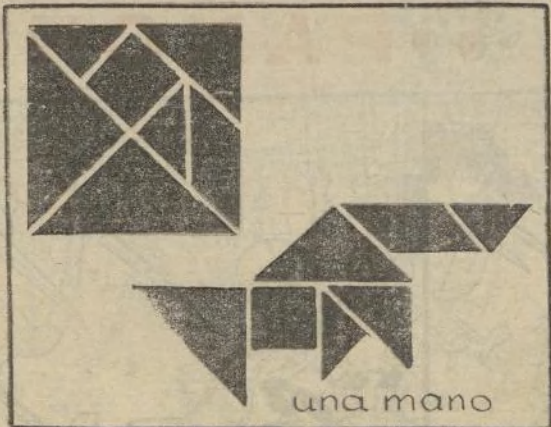
Miguel Agustin PRINCIPE

Recreos científicos



UN JUEGO DE MANOS

Veréis qué gracioso. Colocais un cristal en la forma que dijimos en el número anterior para copiar un dibujo. Una vez preparado así, se coloca a un lado una copa de cristal y al otro lado otra copa igual a la misma distancia del cristal que la primera, esto es, precisamente en el sitio en que se proyecta la imagen de la primera. Si en la primera copa echáis vino con una botella, parecerá que la otra copa también se llena de vino. Si invitáis a cualquiera de los espectadores a que lo recoja, se llevará un solemne chasco, pues, al hacerlo, se encontrará con la copa vacía, y provocará la risa de los demás con la cara de sorpresa que pondrá. Con igual procedimiento pueden realizarse variados juegos de manos muy sorprendentes.



Primero. Cortar ese cuadro en siete trozos, como indica el dibujo, y podréis ir formando las figuras que sucesivamente iremos publicando.



Segundo. Con las letras iniciales de las cosas dibujadas, formar el nombre de un pueblo de Toledo.

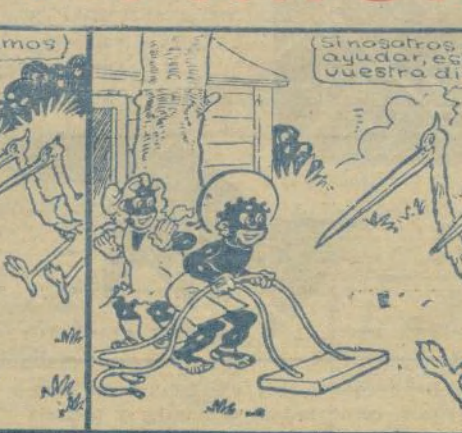
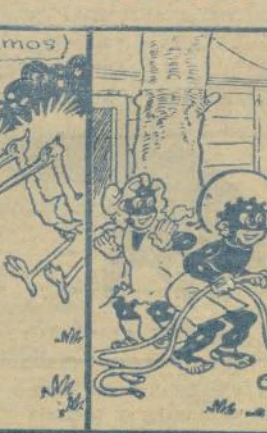
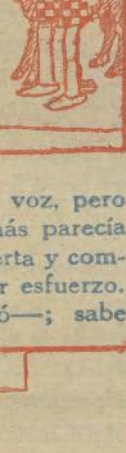
La solución del anterior es Móstoles.



Tercero. Sombras chinecas. Un lobo.



G



Niños heroicos

LADRONES BURLADOS



—Hoy podemos dar el golpe definitivo—decía Dik, famoso bandolero de la comarca, a su "compinche", mientras aparejaba su cabalgadura en el establo—. He averiguado que en la silla de postas, que parte hoy para Nantes, va una maleta repleta de joyas. Para mejor disimular tan valioso cargamento,

irá solo el postillón, así que la cosa no puede ser más sencilla y si conseguimos dar feliz cima a empresa tan fácil podremos retirarnos tranquilamente y vivir del producto de nuestro "trabajo". Aquí cortó rápidamente el hilo de su discurso, al darse cuenta de que Pepín, el pequeño criado de la hoste-

ria, salía de un rincón con un cubo de agua; como salía con aire distraído, Dik comprendió que no había oído nada, por lo que se tranquilizó de su momentáneo sobresalto. Pero... no era así; los acontecimientos lo comprobaron.

Todavía siguieron hablando en voz baja am-



bos bandidos, dando los últimos toques a su proyecto y Dik, que ya tenía convenientemente aparajada su cabalgadura, salió a todo galope hacia la campiña.

En aquel mismo momento se disponía a partir la silla de posta, y el compañero de Dik, aparentando gran ansiedad, se dirigió

al postillón rogándole encarecidamente le condujera a Nantes, pues de aquel viaje dependía su fortuna. Tras mucho rogar, el confiado postillón accedió, cayendo inocentemente en la celada. Mas Pepín no perdía el tiempo. Sin ser visto por nadie, se había encaramado en la trasera y ojo avizor, espiaba los meno-

res movimientos del bandido. Dik había encontrado un lugar a propósito para la emboscada y aguardaba el paso de la silla. Así que apareció en el recodo del camino, dió un silbido para avisar al del pescante, y éste, así que lo hubo oído, sacó rápidamente una cuerda, que llevaba oculta preparada al efecto, y



manió al postillón en menos tiempo del que tardó en decirlo. Acto seguido paró la diligencia y se dirigió a su compañero, congratulándose del éxito de su cometido. Pero Pepín había descendido de la trasera y oculto entre las ruedas, esperaba el momento oportuno para realizar su plan. En efecto; los la-

drones se dirigieron a la codiciada maleta, intentando desvalijarla y Pepín, buscándoles las vueltas, subió ágilmente al pescante, haciendo señas al postillón para que no se moviera. Acto seguido, y sin que los ladrones sospecharan lo más mínimo, dió una gran voz y fustigó briosamente a los caballos del tiro,

que partieron velozmente, dejando a los bandidos con dos palmos de nariz, pues cuando quisieron mirar por sus caballos para emprender la persecución de la silla de posta, comprobaron que huían desbocados, asustados por el tremendo ruido que produjo Pepín al partir con la silla.

EL INGENIO DE UN TENDERO PARA ATRAPAR A UN RATERO



NO MALDIGAS NI ODES A TUS ENEMIGOS; OLVIDALOS



LA RUTA DE TONY

EMOCIONANTES AVENTURAS EN EL PAIS DE LOS DIELES-ROJAS



Ted indicó a Tony que refrenara la marcha. "—¿Qué hay? ¿Por qué paramos?"—preguntó éste con extrañeza; a lo que replicó Ted: "—Porque es peligroso seguir más adelante. Ahora verás la causa que obligó a los indios a retroceder, después que te escapaste". Tony miró hacia atrás y vió apa-

recer a uno de los indios. "—Nos persiguen"—dijo. Considerándose impotentes para la lucha por estar desarmados, Ted y Tony se vieron precisados a huir lo más aprisa posible. Al doblar un recodo, Tony señaló hacia adelante a un punto, en donde dos pinos se inclinaban sobre el saledizo y se estremecían

y crujían bajo el peso de una mole de tierra y peñas, que habían rodado desde la montaña. Pesadas rocas rebotaban en la cornisa y se precipitaban en la garganta. "—Un alud"—dijo Ted. Tony miró la escarpada pendiente, por donde se deslizaban los cantos que se apilaban contra los dos corpulentos



pinos. "—Dentro de poco estos árboles se desprendrán de sus raíces y obstruirán el paso"—dijo Ted. "—Estás dispuesto a correr el riesgo de pasar por ese sitio?" Por toda respuesta, Tony lanzó su caballo a galope hacia el punto peligroso. Con los

labios contraídos veía que los pinos se inclinaban cada vez más, a medida que se acercaba. Ya estaba bajo ellos..., un momento más y evitaría el peligro. De pronto sintió que el poney se estremecía al tropezar con una piedra suelta que le hizo arrodillar-

se, arrojando al finete por la cabeza antes de que éste tuviera el tiempo preciso para afirmarse. Tony chocó contra el suelo y, cuando magullado y dolorido, se apoyó en una rodilla, miró a su caballo incorporarse y romper en una frenética carrera. Ted,



abarcando de una mirada el peligro en que Tony se hallaba, apresuró la marcha, y le dijo: "—Dame la mano"—mientras las piedras rebotaban a su alrededor. Agarró el brazo que el maltrecho niño le alargaba y con un potente esfuerzo le colocó sobre la silla de su caballo. En tanto los pinos, no pu-

diendo soportar el terrible peso de las piedras aglomeradas sobre sus troncos, se inclinaban velozmente sobre el saledizo. Ted no tuvo tiempo de colocar a Tony a horcajada sobre la silla, sino que le sujetó lo mejor que pudo, y siguió adelante, pasando la zona peligrosa momentos antes de que los árbo-

les cayeran estrepitosamente sobre el camino, arrastrando una avalancha de tierra y rocas, que obstruyeron por completo el paso.

(Continuará)